



Criterios evangélicos de la economía familiar

Ximo García Roca

CRITERIOS EVANGÉLICOS DE LA ECONOMÍA FAMILIAR

Ximo García Roca

joaquin.garcia-roca@uv.es

CONSTRUCTORES DE LA CASA

- La economía familiar en la tradición sapiencial
- La economía familiar en la tradición profética
- “Arquitecto y constructor de la casa: Mateo, Marcos, Pablo”
- “Centinela ¿qué ves en la noche?”
- Taller y hogar

OTRA ECONOMÍA DOMÉSTICA ES POSIBLE

- Hombre familiar y hombre económico
- Comunidad de personas
- Empresa de capital humano
- Universo de medio y secuestro de los fines

LA ECONOMIA FAMILIAR

- Economía de los deseos “Desead cosas mejores”
- La producción del orden, del espacio y del tiempo
- La distribución de las tareas domésticas
- La producción de la privacidad
- La producción de la solidaridad familiar “¿Quién es mi vecino?”
- Enfermo de generalidades y abstracción
- Familia abierta

PRODUCIR CAPACIDADES

- De los bienes comunes a las capacidades
- Capacidad de hablar y dejarse hablar.
- Capacidad de ayudar y ser ayudado
- Capacidad de despertar y ser despertado
- Capacidad de transformar y ser transformado

Cullera, Octubre de 2012

CONSTRUCTORES DE LA CASA

El primer servicio que el cristianismo hace a la economía familiar es revertir y transformar la cultura económica actual. La economía convencional nace sobre tres pilares: el principio de maximalización, por el cual hay que ir a más y a mejor; el principio de cuantificación, de modo que todo en la vida es medible porque todo tiene un precio (el bienestar, la felicidad, la realización, el desarrollo) y el principio del beneficio, que afirma que las personas nos movemos por el interés personal. Estos tres principios conllevan una gestión sometida a la eficacia y a la eficiencia de los medios.

El nuevo Testamento dice que <<la raíz de todos los males es la codicia; por entregarse a ella algunos se alejaron de la fe y se atormentaron con muchos sufrimientos>> (1 Tim.6.10). La economía del capital, basada en la codicia, no sólo produce un problema moral de inhumanidad sino que lleva en sí intrínsecamente una fuente de sufrimiento. De este modo, hay una descalificación total de la pasión por la competitividad y el ejercicio de la competencia insaciables.

En su lugar, recupera una concepción de la economía al servicio de las personas, cuyo centro no son los intereses sino la realización de las personas. En segundo lugar, concibe la economía como reproducción de la vida social; el fin de la economía consiste en crear condiciones de vida. La economía familiar es el arte de reproducir la vida familiar mediante la relación, la organización del espacio, de los tiempos, de la comunicación, del reconocimiento.

LA EXPERIENCIA CRISTIANA

El cristianismo no traía un modelo específico de familia, sino que se ha construido con los materiales de cada tiempo e inyectaba en ellos un impulso humanizador. La tradición sapiencial se construye sobre las experiencias históricas, que la humanidad ha ido descubriendo a lo largo de su recorrido. Era una institución social dependiente de la sensibilidad de cada tiempo y construida con los mimbres de cada momento. El cristianismo se ha realizado en el interior de un modelo patriarcal/matriarcal, en el interior de un modelo conyugal, y se ha tenido que realizar en el interior de un modelo que gravitaba sobre la propiedad, y sobre el afecto.

La tradición sapiencial trasmite las enseñanzas tradicionales, los proverbios viejos que recuerdan los grandes maestros. Observa la vida en torno, reflexiona y juzga. Y ¿qué observa?

En el modelo patriarcal: <<Me construí palacios, planté viñedos, me hice huertos, planté toda clase de árboles frutales, adquirí esclavos y esclavas, tenía servidumbre, acumulé plata y oro, tuve un harén de concubinas para gozar como suelen los hombres>> (Eclesiastés 1.8). <<Observé todo el esfuerzo y el éxito de las empresas: es pura rivalidad entre compañeros>>. <<Descubrí que es más trágica que la muerte la mujer cuyos pensamientos son redes y lazos y sus brazos cadenas. ¡El que agrada a Dios se librará de ella, el pecador quedará cogido en ella!>> (7.2). Carta a los Efesios (5, 23-25), dice entre otras cosas: que el hombre es cabeza de la mujer y que ella ha de estar sometida a él. Modelo de familia asentado sobre individuos. <<Hay quien vive solo, sin compañero, sin hijos ni hermanos... mejor dos juntos que uno solo. Dios hizo al hombre equilibrado y él se buscó preocupaciones sin cuento>>.

MODELO ASENTADO SOBRE LA ESCLAVITUD

Filemón es un cristiano pudiente, convertido por Pablo y colaborador suyo, muy generoso con la comunidad cristiana. Hasta el punto que la comunidad se reunía en su casa. Tenía un esclavo llamado Onésimo que se escapó después de cometer un robo, pero ha conocido a Pablo en la cárcel y se ha hecho cristiano. Pablo le escribe para que “le reciba en su casa, no ya como esclavo sino como hermano... Si te debe algo ponlo en mi cuenta (Film v.16)

La aportación del cristianismo era introducir una energía de humanización en el interior de los modelos sociales, basados en la observación de aquello que era más humano: es más humano respetarse que dominarse, más reconocerse como personas que utilizarse como cosas. Necesitaremos introducir una economía diversificada del tiempo: pluridimensionalidad. El Eclesiastés (3.1-8) tiene una economía del tiempo: todo tiene su tiempo, tiempo de nacer, tiempo de morir, de plantar y de arrancar, de destruir y de construir, de llorar y de reír, de duelo y de balar, de abrazar y desprenderse. De rasgar y de coser.

La tradición profética ha iluminado a la familia desde el compromiso con el Proyecto de Dios sobre el mundo, y desde esa realidad, fecunda y transforma los modelos existentes sobre unos ejes básicos. Ya no habla de la familia como institución social, sino como comunidad de creyentes, sometidos a la praxis del amor, de justicia y liberación.

En segundo lugar, declara a la familia como una realidad penúltima de modo que puede afirmar que se puede dejar padre y madre e hijos por el reino. Es la escena del joven rico que refiere Mateo 40, 19: Y todo aquel que deja casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. Pero, sobre todo, sitúa a las familias ante la encrucijada de la elección: podemos construir la casa sobre piedra o sobre paja, sobre roca o sobre arena movediza. Mateo invita a construir una casa sobre roca que resista a los vientos huracanados y a los sismos (Mt. 7.24-25). San Pablo se interpreta asimismo como un hábil arquitecto que coloca los cimientos y otros levantan el edificio. El cimiento es Jesús el Mesías... <<pero encima de ese cimiento puede uno edificar con oro, plata, piedras preciosas, madero, heno o paja>> (1 cor.3, 10-13). Según el juicio de Pablo, los proyectos humanos, sean privados o públicos, familiares o profesionales, sociales o políticos, no todos tienen el mismo valor. Unos construyen con solidez y belleza (sobre oro y piedra) y otros la construyen con fragilidad y fealdad (sobre paja).

Si construís sobre piedra podrán cambiar vuestros estados de ánimo, conoceréis momentos fuertes y débiles, conoceréis la mediocridad de la vida cotidiana y de las zonas grises de la vida, pero vuestra esperanza será firme si se comprometen solidariamente con la hermandad solidaria, con la libertad en la justicia, con la igual dignidad de las personas y con la creación de posibilidades para los que tienen prohibida la vida. Las comunidades cristianas afirmaron con audacia que la maduración de un proyecto lleva un largo proceso de dolores de parto. Puede ser una ocasión para seguir construyendo sobre piedra firme o sobre paja.

La situación actual es una buena ocasión para entender que un proyecto sólido familiar no puede construirse sobre el consumo superficial, ni sobre el mito del crecimiento que necesita siempre ir a más y a mejor, es hora de construir una civilización no sostenida sobre la velocidad, el desarrollismo, la competitividad, sino sobre la colaboración y la solidaridad. Daros tiempo para la contemplación, para la conversación, para el paseo, para la acción voluntaria, para el trabajo cívico.

Hay un jefe indígena que contaba a sus nietos cómo en las personas hay dos lobos: el del resentimiento, la mentira, y la maldad, y el de la bondad, la alegría, la misericordia, y la esperanza. Terminada la narración uno de los niños preguntó ¿Cuán de los lobos crees que ganará? Y el abuelo contestó: “el que alimentéis”.

¿Qué es construir la casa con piedras sobre cemento seguro? Sólo lo sabremos si discernimos los signos del tiempo como el centinela que mira en la noche por donde camina la humanización, por donde se ven gérmenes de esperanza. El centinela no se conforma con los discursos derrotistas sobre el fin de la familia, sino que es capaz de verla en estado naciente.

Es la hora de los movimientos cristianos familiares que sean capaces de acompañar el nacimiento de otros modelos familiares. Ya nadie es capaz de desear el modelo de la esclavitud, ni el modelo feudal, aunque no acaba de morir del todo. Y nuestro tiempo descalifica el patriarcado que coloca a los varones en una posición de privilegio en relación a las mujeres en lo que respecta a derechos tan básicos como el acceso a la educación, la libre elección de la pareja, la terminación del contrato matrimonial, la realización de las tareas domésticas y de cuidado, o el acceso a la representatividad política, social o religiosa en la propia comunidad, entre otras.

En conclusión, el cristianismo no es una teoría sobre la familia ni conoce un modelo único de ser familia. La tradición sapiencial nos obliga a reconocer hoy distintas formas de ser familia (17 según los sociólogos). La familia tiene una gran capacidad de reinventarse a sí misma. La diversidad de modelos familiares no debe preocuparnos sino reconocer el poder creador de Dios.

TALLER Y HOGAR

La pregunta siempre es ¿qué es más humanizador y respetuoso con el Proyecto de Dios sobre el mundo?: la familia como taller que concibe la familia como un instrumento para lograr otros fines, bien la transmisión de la propiedad, bien la generación de vida, bien la cohesión social, bien el orden y la disciplina. Como taller funciona al modo como actúa una empresa, o un taller de reparaciones, o un laboratorio socializador.

O el modelo hogar que se construye sobre el reconocimiento en la diferencia. En el hogar conviven el fuerte y el débil, el enfermo y el sano, el niño y el anciano. Cada uno hace unas cosas. No se le pide lo mismo al anciano que al niño, al enfermo que al sano, al corredor de fondo que al frágil. Las relaciones humanas están basadas en las necesidades de las personas. Es un espacio de la donación, en la que las prestaciones se garantizan sin nada a cambio, sólo el cariño, cuando se recibe. Atrás queda la familia jerárquica, cerrada y propietaria, un lugar de convivencia, de comunicación, de acogida, de ternura.

Ya no se somete a la lógica funcional, basada en la equivalencia y el intercambio entre la prestación que se da y la contraprestación que se recibe. En la familia se prestan servicios y ayudas no equivalentes y a veces prestaciones sin contraprestación. Se realiza como reconocimiento entre todos los miembros de la familia. No toda casa es un hogar. Hay casa en las que uno se muere de frío y de incomunicación. Es un espacio vital imantado por afectos y relaciones como la prolongación del propio cuerpo: lo que le pasa a la casa le sucede a la persona en su propio cuerpo: un robo no solo es la sustracción de un valor de uso, sino una agresión personal.

Tenemos mucho que caminar para incorporar una economía del don basada en el reconocimiento en la diferencia. Como ha expresado magistralmente Henrich Böll: <Hay en el Nuevo Testamento una teología de la ternura que no ha sido descubierta todavía, siempre es curativa de suyo ya que con palabras, con manos, con caricias, con una comida en común hay ciertos seres que pueden ser curados>>.

OTRA ECONOMIA FAMILIAR ES POSIBLE

El primer reto tiene carácter antropológico. Está en juego un modo de entendernos como seres humanos: o como seres humanos económicos o como seres humanos sociales/familiares. Cuando la familia es un simple taller, se construye sobre el hombre económico, cuando caminamos hacia el hogar nos realizamos como seres sociales.

EL HOMBRE FAMILIAR FRENTE AL HOMBRE ECONÓMICO

El hombre económico, que ha resultado hegemónico, en la actual configuración de la sociedad posee tres características básicas. Se mueve por el interés y el beneficio personal, lo convierte todo en cálculo –mide el bienestar por los ingresos y recursos económicos- y se rige por el principio de maximización, de ir siempre a más y mejor.

El hombre familiar gravita sobre la sociabilidad del ser humano, pone en valor las ventajas de vivir juntos y el cuidado como valor básico. Somos seres relacionales. Somos viables porque somos seres de cuidados: ser cuidados es anterior a ser racionales.

La centralidad actual del hombre económico produce un secuestro de la familia y la hace profundamente astillada. Cuando se dice que los seres humanos somos seres maximalistas, calculadores y competidores, se pierden aspectos sustantivos de los seres humanos como los sentimientos, los afectos, las relaciones. El hombre familiar no duda que la necesidad de tener y de poseer es una necesidad, pero hay también necesidad de participar, de ser querido, de tener voz, de ser reconocido.

COMUNIDAD DE PERSONAS

Nos hemos habituado a considerar la familia como una institución social, que precede a los individuos que la componen, lo cual es obvio en una perspectiva sociológica. Sin embargo, la perspectiva evangélica, sin negar su aspecto institucional, exige una mudanza que invita a considerarla también como una comunidad de personas autónomas que deciden, esperan, aman, desesperan, construyen su proyecto de vida y persiguen sus propios intereses y satisfacen sus sentimientos en relación con los otros miembros de la familia.

La familia no puede ser una realidad orgánica, sino una comunidad de personas que continuamente tienen que recrear sus lazos afectivos. De ahí la importancia de los gestos personales, la administración de los espacios, la producción conjunta de las tareas domésticas.

La producción de una comunidad de personas exige dos consecuencias. Por una parte, la necesidad de preservar algunas fronteras individuales, porque de lo contrario el individuo sucumbe en la relación de pareja, lo que comporta la evasión permanente hacia lugares donde pueda ser él mismo (bar, juego, amigas...). A veces nos dan horror las zonas reservadas y los rincones personales. Hemos de comprender que la existencia de esferas personales no se opone a la comunidad. Hay un texto de la tradición oriental que gusta mucho a los contrayentes que dice <<Beban del mismo vino, pero no de la misma copa>>.

Y, en segundo lugar, la diversificación de roles, estilos, sensibilidades, el ideal de una familia no es la unificación ni la homogeneidad. Ésta solo se consigue con la dominación o la violencia. A veces hay que preguntar ¿dónde mi esposo o mi esposa es él cabalmente? Cuando decimos ante el desorden que causa dejar un plato en la mesita del televisor o se niega guardar la ropa. <<No quiero pelearme por eso...>>. Indicamos que no soportamos bien la diferencia de distintos modos de comprender el orden y el desorden. <<El ama el deporte y yo se lo respeto>>.

La concepción cristiana de la familia presupone que cada persona, en el interior de la familia, posee una identidad distinta y consistente que está sostenida por un acto creador (libre) de Dios. Presupone asimismo que es posible salir del propio yo para encontrarse con 'los otros' y con 'lo otro' realmente existente y para enriquecerse en el encuentro sin perder nunca la propia identidad.

Como individuos estamos vinculados unos a otros como libertades, que nos elegimos constantemente y tenemos el poder de vincularnos indisolublemente a los demás como gracia, es decir que sólo la puedo recibir como un regalo. Si depende de tus méritos o de tus esfuerzos pronto encontrarás motivos para deshacerla.

Esa comunidad de personas se reconocen portadores de valores y pueden comportarse con generosidad y desprendimiento o ¿lo suyo es el egoísmo? Se puede afirmar la libertad activándose a favor del bien ajeno, incluso cuando comporta un perjuicio un perjuicio para mí. Frente a lo lógica económica capitalista que busca la utilidad, el interés y el beneficio, el espacio familia es también un lugar de generosidad y donación. Los seres humanos somos viables por la donación cuando somos niños, el cuidado cuando crecemos y la donación cuando somos mayores.

Tanto una tradición como la otra afirma que las personas hemos sido creadas a imagen de Dios y estamos llamadas a actualizar nuestra libertad mediante actos de amor de los cuáles somos siempre responsables. Tenemos suficientes razones para oponernos a la representación de la familia únicamente como una institución social que anula a las personas. Podemos desenmascarar a cuantos invocan la familia como pretexto para no reconocer los individuos que la componen.

La economía en contexto capitalista presupone que el afán de riquezas es el principal motor de la actividad y la creatividad de las personas y estructura la sociedad entorno a esta idea.

EMPRESA DE CAPITAL HUMANO

Sin individuos no hay familia pero con el individualismo se destruye la familia.

Cuando pensaba estas cosas veía un reportaje desde un campo de futbol de Guadalajara. <<He venido a celebrar el aniversario de boda, me case hace ocho años y soy muy feliz con mi mujer. ¿Dónde esta tu mujer? En casa con los niños>>. En este caso la mujer no es sujeto sino un papel a desempeñar.

En segundo lugar, estos individuos –con sus sueños, sus expectativas, sus frustraciones, sus esperanzas- constituidos como tales entran en relación entre ellos mediante intercambios de bienes, de compromisos y de afectos, de autoayuda, donde todos dan y todos reciben.

Es primariamente una organización de capital humano, que ya no se asienta sobre la propiedad sino sobre las capacidades que cada uno aporte.

Hablar de individuos con sus necesidades personales consiste en reconocer un espacio del pluralismo, donde coexisten creencias, convicciones y actitudes que conviven pacíficamente. Pero es claro que allí donde hay pluralismo hay competencia entre las distintas ofertas. De ahí que el pluralismo con frecuencia es el espacio del conflicto. Es importante tanto practicar la tolerancia y el respeto para hacer musculatura en una sociedad plural, como poner coto y límites al pluralismo, ya que no todo es tolerable, lo que invita a consensos morales sobre los que es permisible y lo que no lo es.

¿Cual es el reto mayor que tenemos para la construcción del Hogar?

UNIVERSO DE MEDIOS Y SECUESTRO DE FINES

La familia actual y el modelo de hogar tienen que afrontar la intensa presión ambiental que ha convertido el mundo en un universo de medios (Anders, 2011, 2t. 359). La situación actual, marcada por una profunda crisis económica, social y cultural, ha reducido la realidad a un universo de medios e instrumentos. Deseamos empleo, empleo, empleo sin preguntarnos para qué ni cómo, lograr trabajo ya no es un medio, sino que se convierte en el propio fin. Deseamos salvar el euro, pero no nos preguntamos si es para impedir la circulación de las personas o para que Europa sea un hogar, la salud del euro ya no es un medio sino que es el propio fin de Europa. Deseamos volver a las sendas del crecimiento, sin saber para qué.

El imperio de los medios es de tal grado que debemos renunciar a plantearnos el sentido, el para qué del empleo, el para qué del crecimiento, el para qué del euro.

Lo importante es crear trabajo sin fijarse demasiado en para qué y en qué condiciones, si es apropiado para la realización personal. Importa crecer pero está prohibido preguntarse para qué.

Las consecuencias se dejan sentir en todos los ámbitos de la vida. En un universo de medios, se secuestra la visión, la perspectiva, el horizonte, la espiritualidad. Y al secuestrar los fines nos quedamos sin sentido, sin motivos, sin utopía. Lo advertía el reciente informe anual del Foro Económico Mundial sobre Riesgos Globales, <<la crisis actual siembra la semilla de la llamada distopía, o antiutopía>>.

Hemos estado más interesados en dotarnos de planos, de prestaciones y de medios que en un hogar con espíritu y con energía. La vida exige algo más que racionalidad instrumental y competencia técnica, exige espiritualidad y sabiduría, propuestas de vida buena y feliz, el mundo como hogar (García Roca, 2011). Cuando las familias gestionan solo medios, acabaremos secuestrados por los intereses del mercado. Cuando sólo importan los instrumentos, acabaremos reduciendo las familias a simples empresas. Nos rodea la vida de mercancías e incluso de comida abundante. Compramos regalos caros para compensar el poco tiempo y la falta de ocasiones para hablar unos con otros (Galimberti, 2010: 260).

En segundo lugar, cuando el mundo se convierte en medios, la persona se reduce a un simple titular de dinero y los pueblos en simples deudores que concurren en el mercado mundial. Empiezan así las exequias del individuo que es sustituido por su poder económico y su poder adquisitivo. Lo vemos estos días escenificado en los desalojos de viviendas. Cuando alguien intenta explicar su situación personal, no se le oye ni se le considera, porque un hipotecado es sólo un deudor, alguien que no paga – ¡Pero mire Ud. que esa persona que no paga tiene unos hijos, se queda en la calle, tiene un padre enfermo! No importa, porque el fetiche es ciego y la identidad de cada uno viene expresada en la tarjeta de crédito y en el curriculum de méritos que puedas exhibir.

LA ECONOMIA FAMILIAR

LA ECONOMÍA DE LOS DESEOS FAMILIARES

En el fondo del malestar actual ha habido un desbordamiento de las expectativas: todo empezó deseando una casa mejor o más grande, o dos casas cuando se necesitaba una sola, un coche más potente y veloz cuando era innecesario, un viaje de placer en camarote. Hemos pretendido morder más de lo que se puede tragar, como corresponde a una civilización engreída, más interesada en superar records, que en encontrar el sentido de la vida y la preocupación por el otro.

Necesitamos una revolución de las expectativas. Las que hemos cultivado hasta ahora ya no sirven. Están en el origen de la crisis actual. El mito del crecimiento impuso el más y mejor; nadie cambia de casa o de coche sino es para ir a mejor.

Ir a más y a mejor es el imaginario colectivo, el estado de ánimo colectivo, el imperativo categórico que orienta las políticas y a los gobiernos. No crecer se considera una maldición para los individuos y para los pueblos: el anuncio de una recesión o de un crecimiento cero es la peor pesadilla que planea sobre las personas y sobre los países. Sólo el anuncio de un posible crecimiento en el Producto Interior Bruto tranquiliza a los mercados, alivia a los individuos y garantiza el futuro de las personas.

Se crece para seguir creciendo, se corre para seguir corriendo, se consume para seguir consumiendo nuevos y mejores productos. Interesa más crecer que saber para qué y para quien se crece. El famoso banquero Juan March decía que no le gustaba tanto tener dinero cuanto correr hacia él y conquistarlo.

El resultado de este mito ha sido el aumento de desigualdades e injusticias, la creación de un bienestar ampliamente ilusorio, que ni siquiera a los mismos ricos les asegura una sociedad amigable, sino una anti-sociedad enferma de su riqueza y productora de infelicidad (Latouche, 2004: 2).

Pero, sobre todo, se clausura la mirada y se deja de mirar ciertos espacios para que no amenacen el bienestar propio. Se hace invisible todo aquello que puede cuestionar el bienestar como es la muerte, el sufrimiento, la exclusión, el desamparo, la enfermedad.

Se clausuran los oídos para no oír el paisaje de gemidos que nos rodean. Conectado al móvil y a Internet sólo oímos lo que agrada a nuestro bienestar en una realidad virtual.

Estamos convocados a transformar los deseos mediante una pedagogía de los sentimientos. Esta revolución ya ha empezado. Cada vez más la gente joven y gran parte de adultos conscientes no ven en el más y mejor un ideal de vida sino que incorporan criterios inmateriales de la calidad de vida: se estima más disponer de tiempo que de ingresos, ya que el tiempo abre las puertas al diálogo, a la amistad, a la simpatía, a la diversión, Se estima menos el acopio de objetos superfluos y en su exhibición, que la tranquilidad, un entorno saludable, el viajar y conocer otras culturas. Hay quien empieza a estimar más las condiciones de vida elementales como la tranquilidad, el agua pura y el suficiente espacio, que el consumo desenfrenado.

Quizá lo único positivo de esta crisis es que nos brinda la oportunidad concreta de comenzar a reflexionar sobre el absurdo ritmo que posee nuestra existencia, sobre la calidad de nuestra comunicación, sobre el despilfarro a costa de no disponer de tiempo para contemplar la naturaleza o hablar con sus hijos a causa de la carrera desenfrenada por la posesión de dinero.

Hace unos meses se representaba en España una obra que Tchaikovsky escribió once meses antes de suicidarse, “Iolanta, la hija del Rey Renato”. La niña nació ciega y no conoce la luz del día. Como hija del rey, su vida transcurre rodeada de bienes, de flores, de vegetación, de jardines, de rosas y de sonidos. Pero llora sin saber por qué. Necesito algo, dice, pero ¿qué? No lo sé. Cree que los ojos sólo sirven para llorar. Como ha nacido ciega, el Rey Renato ha prohibido que nadie en su presencia hable de belleza, de verdad, de luz. Pero como no se conforma que el mundo de su hija sean las tinieblas, acude a un médico árabe para su curación. Establece el principio básico de su curación: la curación es posible pero tiene que asumir que está ciega, porque sólo el conocimiento de la verdad puede despertar la fuerza del deseo y arrojar luz.

LA PRODUCCIÓN DEL ORDEN, DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

La producción del orden, que es un resultado esencial para la economía familiar, puede conseguirse a través de la negociación, el dialogo permanente, el acuerdo razonado o a través de la imposición y el autoritarismo, o a través de la simple coexistencia de los componentes de la familia.

La coexistencia significa que cada miembro de la familia se ocupa de lo suyo, de sus propias cosas. “Si él quiere tomar café que se lo haga él, si quiere plancharse los pantalones que se lo haga él”. Se niega a guardar la ropa que obstinadamente deja tirada por ahí. La coexistencia ha llegado a tener cada uno su propia televisión: una especializada en novelas y la otra en futbol.

Ni el autoritarismo ni la imposición garantizan la comunidad de personas. Pero tampoco la coexistencia la garantiza. La coexistencia es una forma escondida de que recaiga sobre la mujer que no soporta los descuidos del reparto.

Construid sobre carismas diferentes. El orden que nace de la experiencia evangélica nunca se sostiene sobre la imposición ni sobre la coexistencia. Sino sobre el encuentro entre carismas diferentes.

LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

Hay una organización del espacio que reproduce la vida familiar, la conserva y la despliega. La casa familiar se ha construido en torno a la mesa de comer, que estaba en el centro del salón y en torno a la que se reunía la familia. El mueble social sintomático de la familia es la mesa de comer en torno a la cual gravitaba todo. Curiosamente han desaparecido la mesa de comer en los nuevos mobiliarios (se come en la cocina, las mesas son portátiles) y deja de ser la fuerza gravitatoria.

En la organización de la casa tiene especial importancia construirla como la morada de la privacidad, el lugar reservado de injerencias, el espacio propio y reservado. La protección de ese espacio es un logro de humanidad. Pone en valor la intimidad, donde nadie puede entrar sin permiso al recinto reservado.

Hoy asistimos al mercado de la intimidad, que de este se convierte en producto vendible como ha sucedido en nuestro tiempo en el que se ha creado el mercado de la intimidad a través de las revistas y programas del corazón.

El evangelio ha establecido normas de privacidad, aquello que aconsejaba el evangelio de que tu mano derecha no sepa lo que hace la mano izquierda, y que no proclamen las buenas obras como hacen los fariseos.

Y sobre todo la familia no puede ser el retiro del guerrero ni el refugio en la vida privada como retirada de la vida pública.

La centralidad de la mesa del comedor ha sido sustituida por la televisión.

Cuando entran en casa, tenemos acceso a las voces del mundo pero nos convertimos en consumidores que nos quitan la participación, la voz; no tienen nada que decir. Con la radio y la televisión, la familia es la que escucha y no habla, la que piensa según lo que se ha embutido a diario. Ahora ha cambiado el punto de gravedad; gira en torno al Televisor, que se convierte en el punto de fuga de la familia (Anders, 2011: 113). Mientras la mesa había estimulado la conversación para seguir tejiendo el lienzo de la familia, con la televisión ya no se miran, ni se hablan, Los miembros de la familia ya no están sentados unos frente a otros, la colocación de las sillas ante la pantalla es mera yuxtaposición, y la posibilidad de verse entre ellos solo es un descuido. Son meros espectadores. El salón de la casa se ha convertido en un espacio de espectadores. Vuelan hacia fuera juntos pero no en común.

El televisor nos salva del silencio y del horror al vacío. Hablamos sin desconectar. Los sociólogos advierten que hasta el amor se hace con la radio puesta, para evitar hablar.

Hubo un tiempo en el que la aparición de la televisión se presentó como el salvador de la familia, como una suerte para un reconocimiento de la familia, apartaría al joven de las discotecas, daría un estímulo para las regiones familiares (Anders, 2011: 112) parecía que iba a salvar la familia, ya que todo se podía encontrar en casa, retiene a los niños en casa. Hoy sabemos que los aparatos disuelven la familia,

LA PRODUCCIÓN DEL TIEMPO

El televisor adquiere tal fuerza que prescribe lo que hay que sentir o lo que hay que hacer según la hora del día: es la hora de la novela, es la hora del partido, es la hora de las noticias.

El trabajo y la televisión nos tienen ocupados de nosotros mismos; cuando acaba el trabajo se supone que podríamos encontrarnos con nosotros mismos, con la familia, con el hogar, pero ¿con qué nos encontramos? Con la Televisión. Llegamos a casa, cansados, y nos sentamos en el salón, se ojea las revistas ilustradas, oímos la tertulia, bebemos una cerveza. Somos hiperactivos ya que hacemos cinco cosas a la vez.

LA PRODUCCIÓN DE LAS TAREAS DOMÉSTICAS

La economía doméstica se sostiene sobre la colaboración de personas que han entrado en relación entre sí y han decidido libremente construir relaciones apropiadas para reproducir la vida y realizarse como sujeto.

Hay una lucha por librarse de la carga de los trabajos domésticos y un intento de buscar legitimaciones para resistirse.

El hombre familiar dispone e una gran capital para el cuidado, la gratuidad, la bondad y el amor. La sabiduría cristiana rechaza cualquier teoría que considere a las mujeres más aptas que los varones para el cuidado o para las tareas que piden más abnegación y sacrificio o más paciencia, o más ternura, o más capacidad de comprensión o más delicadeza. Todas estas cualidades, se presuponen en mujeres y varones por igual, y si se dan diferencias en la práctica, las atribuye a la educación y a la presión social que aún existe por conformarse a unos modelos

estereotípicos. La bondad, la abnegación, el sacrificio, la ternura, la delicadeza que le son posibles a un varón son nada más y nada menos que las que Cristo mostró. La fortaleza, la iniciativa, la valentía, la independencia, la inteligencia política, la capacidad de liderazgo, que le son posibles a una mujer son nada más y nada menos que las que Cristo mostró. En ambos casos, no se trata de conceder a uno u otro sexo estas cualidades en un grado menor, sino en reconocer que cada persona está llamada a encarnarlas en plenitud (<<sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto>>. Mt 5, 48).

Lo contrario sería negar que tanto las mujeres como los varones estamos hechos a imagen de Dios y somos, por tanto, igualmente capaces de amar tal como Dios nos ama y de ponernos al servicio de los demás tal como Dios se puso (Mt 20, 28: <<De la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir>>).

Podemos construir una sociedad justa, podemos superar la violencia de género, mujeres y varones podemos vivir en igualdad. En esto consiste la fe: en creer que podemos, en creer que la vida humana da de sí y en actuar en consecuencia con esta creencia ante los retos concretos.

PRODUCCIÓN DE LA SOLIDARIDAD FAMILIAR

La familia actual no puede regirse por el egoísmo familiar sino por ser una escuela de solidaridad. El que no está sentado en la mesa, a los que está prohibida la vida tiene la clave y la autoridad del tiempo. Decía las comunidades primitivas que el Mesías no volverá hasta que todos no estén sentados en la mesa. Como afirma Agnes Sèller: <<la silla vacía espera al Mesías y mientras la silla esté ahí, emite bramidos y admoniciones, incluso patéticos, para que se le tenga en cuenta. Todo el resto es pragmatismo>>.

Como aquella mujer de las comunidades indígenas de Guatemala, <<quiere más al hijo enfermo mientras está enfermo, al ausente mientras está de viaje, al pequeño mientras es pequeño>>. Y al hacerlo, activa un proceso de liberación que es profundamente terapéutico.

El primer círculo de solidaridad se ejerce en favor de aquellos que por sí mismos no pueden valerse y competir ya sea por su poca edad, enfermedad o edad avanzada. La ideología del bienestar se ha impuesto de modo que sacrificamos a los débiles en razón de un bienestar. <<Papá, te vamos a llevar a una residencia que te atenderán mejor que nosotros. Son especialistas, médicos, enfermeros, psicólogos... Estarás mejor tú y mejor nosotros>>. Este enfoque privilegiaba el bienestar.

Hay un segundo círculo de solidaridad por el cual la familia es ella misma agente de solidaridad, de modo que el dolor de los hijos de los demás es también mi propio dolor, ya que son carne de mi carne y sangre de mi sangre. Es uno de los signos del tiempo la capacidad que se puede generar en el seno de las familias siempre que sea una responsabilidad asumida libremente entre los miembros de la familia. Pienso, por ejemplo, en el acogimiento familiar, que han dado entrada en sus casas a niños con problemáticas familiares graves o la implicación de las unidades de convivencia en el tratamiento de los problemas sociales (drogadicción), o en los últimos meses la autoayuda que se da entre familias golpeadas por el poder destructivo de la crisis.

ENFERMOS DE GENERALIDADES Y ABSTRACCIONES

Ya no soportamos las generalidades ni las abstracciones, que dificultan e impiden la fraternidad. Detrás de la pobreza, hay pobres con sus nombres, son sus historias, detrás del parado hay una familia, unos deseos, unas frustraciones. Detrás del inmigrante, hay un padre de familia, pero llamándoles sub-saharianos nos defendemos de su sufrimiento, como dejó escrito Bashige Michel, joven senegalés, deportado desde las murallas de Melilla. <<Estoy seguro, -dijo- que si conociesen mi historia y la de mis compañeros no me obligarían a volver de donde vengo ni me abandonarían en un desierto sin ninguna posibilidad de supervivencia. Quiero vivir y ayudar a vivir a mis hermanos, solo pido eso. Pensaba contárselo en persona, pero este muro que ha sido levantado entre Ud. y yo hace imposible cualquier encuentro verdaderamente humano entre nosotros y nos obliga a mirarnos desde lejos. Dado que ya no podemos hablarnos, permítanme mirarles a los ojos, a través de este muro de separación en forma de alambrada>>.

Entienden Uds. por qué en los evangelios todas las acciones curativas de Jesús de Nazaret empieza rompiendo el anonimato ¿Cómo te llamas? ¿Qué deseas?

Ya no soportamos las generalizaciones, que son la muerte incruenta del sujeto. Estoy recién regresado de Chile, vengo de participar en el Congreso iberoamericano de Derechos humanos. Hablé de los derechos humanos y de la interpelación que hace a nuestros países. Cuando terminé un asistente pidió la palabra y me dijo <<Estoy de acuerdo con Uds. incluso comparto su pretensión de empujar la esperanza. Pero yo llevo en mi mochila la desaparición de un hijo y de un hermano, de los que no tengo noticias>>. A él no le bastaba el discurso general.

FAMILIA ABIERTA

Por distintas razones, la familia se ha ido cerrando hasta constituirse en un territorio comanche, en espacios fortalecidos, en lugares vallados. Somos coresponsables e aquellos que conocemos y convivimos diariamente.

Amartya Sen atribuye a la parábola del samaritano el rechazo al vecindario cerrado, en la medida que extiende al extraño y a la persona que no pertenece a nuestro círculo el deber del auxilio. El hombre herido a la orilla del camino es asistido por un samaritano que no pertenece al vecindario, ya que los samaritanos no sólo vivían a cierta distancia sino que eran despreciados por los israelitas, mientras que el sacerdote y el levita pasan de largo. No se trata en este caso de postular la ayuda al otro o a los otros, que lo necesiten sino que plantea la definición de vecino. La pregunta es: <<¿Quién es el vecino del hombre herido?>>. <<Aquel que le ayudó>>, es decir el deber con los vecinos no está confinado sólo a aquellos que viven al lado (Sen, 2009: 202-203).

La vinculación entre el samaritano y el herido no se crea por la vecindad, sino por el acontecimiento mismo de la ayuda. No importan si lo hace por la caridad, por un sentimiento de justicia. La relación de ayuda crea un nuevo vecindario.

CREAR CAPACIDADES

DE LOS BIENES COMUNES A LAS CAPACIDADES

Corresponde a la economía política producir, distribuir y garantizar unos bienes comunes, unos derechos humanos, unos recursos mínimos. A la economía familiar le corresponde convertirlos en vida buena que uno valore.

La familia es la puerta de entrada a la realización, la cuestión hoy es considerar que los bienes básicos y los derechos fundamentales (ciudadanía política) necesitan un clima social favorable para convertirse en realizaciones concretas, para culminar en resultados de vida buena y feliz.

Es en la vida cotidiana y familiar, donde la ciudadanía civil se convierte en capacidad para hacer lo que uno valora. Imagínense que alguien tenga derecho a la educación pero se encuentra en una familia, en un barrio, en un contexto que impide ejercerlo. Es aquí donde se completa la ciudadanía política al concederle la oportunidad real de ejercer ese derecho. En la vida social se amplían o se achican las libertades y los derechos.

Este enfoque ha transformado el concepto de desarrollo y de realización personal: si una persona tiene un alto ingreso pero es muy proclive a la enfermedad crónica, o sufre una seria discapacidad física no puede convertir sus ingresos o sus recursos o sus derechos en buena vida.

Ha transformado también la erradicación de la exclusión social. Con frecuencia quienes se han acercado a los excluidos, marginalizados, perdedores y orillados lo han hecho desde sus carencias y sus necesidades. Hay un clamor que escuchan quienes acompañan a las víctimas del desamor, quienes trabajan en barrios deprimidos, quienes acompañan a personas desplazadas de sus tierras, quienes descienden a los infiernos de la violencia y de la exclusión; es un grito que reclama ser reconocidos en sus capacidades y en sus potencialidades. A mí me lo enseñó aquel joven que postrado en la cama del hospital sólo necesitaba que alguien le reconociera por su nombre y a través del abrazo.

Lo reclaman los niños y niñas que se resisten a ser desahuciados en los colegios; lo sienten los discapacitados que no quieren reducirse a sus carencias; lo gritan los pueblos que se identificaron como subdesarrollados. Quienes son educadores saben que si un niño fracasa en matemáticas, puede ser un genio en manualidades. Las profesiones sociales, que trabajan en barrios deprimidos, saben que el desarrollo del barrio no consiste sólo ni primariamente en convertirle en un barrio subvencionado, pasivo e inactivo, con pensiones públicas y rentas básicas, más bien consistía en expandir capacidades educativas, sanitarias, culturales, políticas para que cada uno elija la vida que desea.

Lo han escrito grandes testigos desde los campos de concentración. Recientemente lo constataba la joven judía Etil Hillesum desde el campo de concentración <<He notado que en cualquier situación, incluso en la más duras, al ser humano le crecen nuevos órganos vitales que le permiten salir adelante>> (2001: 92).

La vida sólo necesita de una grieta para nacer y como experimentó Miguel Hernández desde el interior de la cárcel, se pueden cerrar todas las puertas, pero no se puede suprimir la libertad que es otro nombre de la capacidad. Decía el poeta: <<Cierra las puertas./Echa la aldaba, carcelero./Ata duro a ese hombre:/No le atarás el alma. /Son muchas llaves/muchos cerrojos, injusticias:/no le atarás el alma>> (1992).

CAPACIDAD DE HABLAR Y DEJARSE HABLAR.

La acción solidaria pertenece al género de la comunicación <<Tú me importas, tú vales. Tu historia puede ser tan verdadera como la mía>>. La comunicación recupera el nombre y con él en personas capaces de tomar su vida y la vida del mundo como tarea propia. Así lo expresó la película El traje (Alberto Rodríguez, 2002), en la que un transeúnte sin techo llamaba a su perro, perro sin más: otro le pregunta por qué no le pones nombre; y él contesta: Si le pones el nombre acabas queriéndole.

Hoy la erradicación de la pobreza y la exclusión, tiene un déficit de audición, es más fácil hablar sobre ellos que con ellos, más fácil observarles que sentirles, más fácil convertirles en objeto que relacionarse como personas. El déficit de audición se acompaña de la enfermedad de los signos, que confunde los mensajes y los rumores en la comunicación. En toda relación solidaria hay unos mensajes, pero hay también unos rumores que difuminan y a veces desvirtúan los propios mensajes.

Mi trabajo con adolescentes y jóvenes en conflicto con la justicia me regaló la convicción de que sin comunicación no hay humanización ni emancipación. Hasta que no hablan de su situación, de su pequeña historia, no se iniciaba un itinerario educativo. Al hablar, recuperaban el nombre, y con el nombre la subjetividad, y con la subjetividad la dignidad; sólo cuando alguien es reconocido como persona puede transformar su propia situación y romper el destino de la exclusión.

Cuando un anciano abandona su casa, o un niño vive la ruptura de sus vínculos familiares, o un adolescente comete una infracción, o un adulto abandona el hogar envía un mensaje sobre el modo de relacionarse consigo mismo, con los otros, con las instituciones y con el sentido, ordinariamente están vinculadas a la identidad (dice algo de sí mismo), a la relación (dice a alguien o reclama una relación interpersonal), a la pertenencia (dice acerca de su papel en el grupo), a los dinamismos vitales (muestra el grado de confianza en sí mismo y en los otros) a las expectativas (dice algo sobre lo que se espera de él), (De Leo, 1990).

Para descifrar los rumores hay que escuchar, incluso lo que no se quiere oír, e incluso a preferir, como proponía Borges, que los otros tengan razón. La comunicación depende en gran medida no sólo de los contenidos sino también de la empatía, de los sentimientos, de los afectos, de los valores, de los hábitos del corazón.

CAPACIDAD DE AYUDAR Y SER AYUDADO

Las transformaciones actuales de la vecindad han creado una nueva vulnerabilidad. El concepto de vulnerable procede de la teoría de las catástrofes, donde el daño es proporcional a la intensidad del golpe menos las resistencias. La importancia no reside en el golpe sino en las resistencias como se demuestra en todas las catástrofes naturales.

La situación actual ha agudizado la vulnerabilidad hasta constituirse en una amplia zona entre los integrados (que disminuyen) los vulnerables (que aumentan).

La crisis financiera mundial ha evidenciado la fragilidad de una amplia capa social que ha sido profundamente vulnerable a las turbulencias financieras, económicas y laborales. La crisis ha radicalizado la brecha que se origina entre los integrados y los excluidos y ha ampliado la zona de la vulnerabilidad. Entre la zona de la exclusión y la zona de la integración se extiende la zona intermedia de lo vulnerable, donde se domicilian individuos deslocalizados, personas en los límites del intercambio social, jóvenes sin respaldo social que interrumpen su proyecto vital.

Entre los factores de vulnerabilidad de masas tienen especial importancia el debilitamiento de la institución familiar y la pérdida de las redes de solidaridad primaria. La intensa movilidad que dificulta llevar consigo las raíces. Y la cultura del individualismo que enfatiza el <<sálvese quien pueda>>.

Como consecuencia, la vulnerabilidad produce la sensación de descenso y de precariedad. Sin redes, el mercado tira hacia abajo. Como si una especie de tobogán, empujara hacia abajo. En todos los movimientos estudiantiles se oye el grito que el ascensor social ha dejado de funcionar. Lo saben bien los licenciados que fueron reducidos a auxiliares domésticos y vendimian en el campo; o los inmigrantes que han sido reducidos a sobrantes, o los jóvenes que se desplazan de sus países no como resultado de una esperanza en mejores condiciones de vida, sino de un expolio desesperanzado que les orilla y les expulsa.

No sólo hacia abajo, sino hacia otra parte. Hay un mecanismo estructural que se ha identificado como des-localización, que expulsa hacia otra parte. Está en el origen del desarraigo y de trayectorias que impiden o dificultan vivir en comunidad, sin memoria y sin raíces. Rompen las vinculaciones sociales y fragilizan los nexos relacionales, que protegían al individuo y le concedían protección, seguridad y libertad. Cada vez son más las personas, que se han visto descolgados de sus redes naturales como mecanismos de protección general y se convierten cada vez más en individuos sin apoyos (García Roca 1995).

Estos dos mecanismos impiden o dificultan construir un proyecto de vida e instala a las personas en la inseguridad económica, en el desánimo personal y en la sensación de sobrantes; y les sitúa en un especie de callejón sin salida, sin principio ni fin, en el que se densifican las fracturas sociales y se condensan en agujeros negros por donde supuran las heridas de todo tipo.

CAPACIDAD DE DESPERTAR Y DESPERTARSE.

El enfoque de las capacidades se orienta a despertar lo que está dormido en los otros y a ser despertado por aquel a quien se pretende ayudar o por la causa a la que se quiere servir.

<<No oyes el río de lágrimas porque no has llorado. El día que nosotros lloramos, caímos en la cuenta de que otros también lloran>>. Así empezaba su homilía Monseñor Arturo Lona en la masacre de Chiapas, en la Navidad de 1998.

Y ¿qué es lo que se puede despertar? Plutarco atribuye a Heráclito la siguiente cita: <<que para los despiertos hay un mundo único y común, mientras que cada uno de los que duermen se vuelve hacia uno particular>> (Gabilondo, 1997: 118). Si dormirse es caminar hacia lo particular de cada uno, despertarse se hace efectivo dirigiéndose y encontrándose con otros, haciéndose cargo del otro. Cuando alguien despierta ya no queda en lo que era sino que corre el riesgo de abrirse a un futuro compartido. Hay un ámbito de lo común que hoy necesita un particular cuidado. Son bienes que deben ser garantizados por todos ya que a todos incumben. Reiteradamente se afirma que el voluntariado se practica cuando alguien antepone el bien común a sus intereses particulares. Y curiosamente los conflictos mayores que hoy tenemos afectan a la esfera de lo público, que ha dejado de ser el lugar de la inteligencia compartida para convertirse en el conflicto de intereses particulares. La solidaridad institucional está al servicio de lo común que no se logra por reducción de las diferencias, sino por convergencia entre ellas.

CAPACIDAD DE TRASFORMAR Y SER TRASFORMADOS.

José Saramago, en su visita a Chiapas, (1989) relató una de las tareas básicas de la vida solidaria. Se trata, decía el Premio Nobel de literatura de <<simplemente estar, de ejercer la manera más simple de estar juntos, de sentir y de pensar juntos, de llorar juntos las mismas lágrimas o sonreír con la misma sonrisa>>. Y al estar, comprender: <<En realidad se trata de eso: de comprender. Comprender la expresión de esas miradas, la gravedad de esos rostros, la forma en que las manos del único superviviente de una masacre se colocan como alas protectoras sobre la cabeza de sus hijas, comprender esa corriente sin fin de vivos y muertos, esa sangre derramada, esa esperanza recobrada, ese silencio de quien reivindica, desde hace siglos, respeto y justicia, esta cólera contenida de quien, finalmente, ha dejado de esperar>> (Saramago, 1998). Y al comprender, transformar, que exige una refundación de la responsabilidad, personal y colectiva. Cuando la geopolítica de la impotencia planea sobre el imaginario colectivo. Esta capacidad de transformación se enfrenta al sentimiento de impotencia y de victimización, que hace dejación de la responsabilidad.

Una sociedad inclusiva no se consigue sólo por la incorporación de las personas en exclusión sino por un proceso dinámico que afecta tanto a los excluidos como a los excluidos, tanto a los que se consideran integrados como a los perdedores. No se trata de que se muevan sólo los excluidos sino que deben moverse todos. El resultado no es, únicamente, la integración de los expulsados sino la transformación de los sujetos incluidos; de las estructuras que expulsan y orillan.

La transformación necesaria rompe el esquema de que unos son los excluidos y otros los excluidos, unos los salvados y otros los hundidos, ya que la exclusión se realiza en la misma relación entre ambos. Su mera existencia afecta a unos y a otros y se puede desestimar la capacidad real o inducida que tienen los excluidos para convertirse en excluidos

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- ANDERS, G. (2011): La obsolescencia del hombre I y II. Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial. Pre-Textos, Valencia.
- De LEO, G. (1990): La devianza minorile. Roma, NIS.
- GABILONDO, A. (1997): Trazos del eros. Del leer, hablar y escribir, Madrid, Tecnos.
- GALIMBERTI, U. (2010): I miti del nostro tempo. Milano, Fertrinelli.
- GARCÍA ROCA, J. (2011): Espiritualidad para voluntarios. Mística de la solidaridad, Madrid, PPC. (1995): Contra la exclusión social. Sal Terrae, Santander.
- HILLESUM, E. (2001): El corazón pensante de los barracones Cartas. Barcelona, Anthropos.
- LATOUCHE, S. (2004): Survivre au développement, Paris, Fayard.
- SARAMAGO, J. (1998). <<En Recordación de Acteal, Chiapas>>, [en línea] La Guirnalda Polar, Vol III, No. 26, <http://www.vcn.bc.ca/spcw/saram1.htm> [consulta 22 noviembre 2012].
- SEN, A. (2009): La idea de la justicia, Madrid, Taurus.